

Dimensión humana de Pierre Daguet

Escribe JORGE MORENO CLAVIJO

En un claro día de diciembre de 1932 llegó a Puerto Colombia un pintor nacido en Overnia, Francia. Contaba treinta años de edad y acababa de abandonar su estudio parisiense de Montparnasse para hacer contacto con la América exótica y legendaria. Pierre Daguet se llamaba y acudía a un llamado de su señora madre, quien ejercía la tarea de introductora de la moda gala en la sociedad bogotana.

Ella lo había invitado a pasar seis meses en Bogotá, donde algunos cuadros que él le había enviado, encontraron entusiastas admiradores. Por esta razón quería que su hijo presentara una exposición de pintura en la gran aldea que por esas calendas era la capital colombiana, en cuyas estrechas calles bordeadas por casas de amplios zaguanes, grupos de políticos e intelectuales hacían tertulias sobre las aceras de piedras desiguales.

El contacto con el trópico fue impactante para el pintor europeo. El sol intenso y fuerte colorido de cuanto veía, cambiaron su paleta al comenzar a copiar en su caballete portátil las siluetas ágiles de las negras y los oscuros músculos de las bogas. Al remontar el Magdalena, el río entonces caudaloso, con caimanes que tomaban resolana en las orillas y micos trepadores en las palmeras, sintió que ese ambiente lo envolvía y lo invitaba a prolongar su estadía para desentrañar los misterios que esa naturaleza salvaje ofrecía. Llenaba y llenaba libretas con apuntes a lápiz, trazaba perfiles con sanguina y en pequeñas tablas y cartones hacía manchas con nerviosas aproximaciones al color exuberante de esa vegetación lujuriosa y agresiva.

Pensó que los cuadros que traía en su valija con estampas de Capri, París, algunas ciudades italianas y Argel, donde había

prestado su servicio militar hasta obtener el grado de capitán, iban a deslumbrar a los nativos de esta esquina tropical, pero resultaba que era él, el europeo, el que resultaba descreestado y además cautivado con el paisaje y las gentes que tenía ante sus ojos azules de míster, como le llamaban quienes se arrimaban a su atril para verle deslizar el pincel sobre la tela.

El verdeazul del mar, el ébano de las vendedoras de frutas, los ocres del río caudaloso, se iban acumulando en el bagaje del pintor que no hablaba ni una palabra de español. Había estado ya en Cartagena y recordaba que un muchachito lo seguía por todas partes, de la mañana a la noche: las murallas, las callejuelas empedradas, el Portal de los Dulces, la Plaza de la Aduana, las playas de Marbella. Se miraban apenas, pues el uno desconocía el idioma del otro. Admiración silenciosa del rapaz cartagenero, llamado Enrique Grau, hacia el francés que se llevaba en sus cuadros los rincones del corralito de piedra.

La Sabana de Bogotá fue otro golpe para la retina del pintor. Era la verde extensión, ilímite casi, con eucaliptos, sauces llorones y pinos, cruzada por tapias y caminitos inverosímiles. Era la perspectiva que ya habían trillado los pintores renacentistas, pues todavía no se conocía la colcha de retazos que hoy se observa desde la ventanilla del avión. Y de oriente a occidente, cercando esa tierra fértil, los cerros con manchas violetas, amarillas y cambiantes tintes verdosos.

Fue otra intensa jornada copiando, interpretando mejor, esa sabana con el río Bogotá, puro entonces, con el vaivén de las espigas del trigo y la cebada, los senderos bordeados de árboles coposos, bajo claros cielos con increíbles puestas de sol. Esos cielos sabaneros fueron magistralmente captados por el pincel de Daguet y pude verlos en colecciones particulares de familias con rancio abolengo santaferño.

Dije atrás que en ese ya lejano entonces no existían galerías de arte ni salones especializados en exposiciones. Las muestras se realizaban en los muros de los teatros o en algún club social. Así fue como Daguet, en compañía de Luis Alberto Acuña, hizo su primera exposición en el foyer del Teatro Colón, cosechando éxito de prensa y económico, dentro de los precios de la época, pues ni remotamente se sospechaba que un día vendría una fabulosa avalancha de ceros a la derecha de los cheques girados a cambio de cuadros.

Daguet llegó a integrarse a un pueblo nuevo e inestable todavía, donde había amplio margen para el pensamiento desinteresado, existía sitio para la meditación, refugio para las inquietudes del arte no comprometido. Por eso el deseo de volver al viejo mundo se extinguió pronto al encontrar un calor humano especial que le brindó acogida inmediata a la superior cultura de su gusto, a su singular sentido de la amistad generosa que le brotaba de la bondad del corazón.

Su segunda exposición fue realizada en el Museo Nacional, cuando ese viejo claustro se habilitó para la cultura, una vez salidos los presos del antiguo Panóptico hacia la cárcel Modelo. El amplio espacio se llenó con cien cuadros que comprendían sus épocas todas hasta ese instante. La primera retrospectiva hecha en Colombia.

Después viajó a Cartagena, donde se radicó definitivamente. Allí tuvo el mejor campo de acción, pues todavía en esa ciudad no existían las disciplinas del arte. Comenzó por crear, en unión de varios intelectuales y compositores musicales, la Escuela de Bellas Artes, con precario apoyo oficial y como un apéndice del Conservatorio de Música. Poco a poco, ya independiente de la institución, se fueron programando cátedras, con profesores especializados, hasta completar el pénsum que hace hoy la carrera de artes plásticas. Contribuyó también a abonar el terreno propicio para que hoy existan en Cartagena galerías y un Museo de Arte Moderno. Fue un estimulador por excelencia, al entonar las voluntades indecisas y fortalecer las de los que empezaban a dibujar y a pintar, alentando a todos, sin poner estorbos a nadie. El nombre de Pierre Daguet vivirá en Cartagena, mientras en esa tierra calurosa bañada en azul, quede una brizna de interés por la cultura del espíritu y los goces superiores del arte.

En las salas de la Biblioteca Luis Angel Arango colgó las dos últimas exposiciones de su vida, con lienzos inspirados en temas marinos y submarinos, que trazó en su estudio paradisíaco de las Islas del Rosario, perdido entre caracoles, palmeras y almendros. Duerme ahora en paz, frente al mar que le entregó todos sus secretos, el maestro en el culto de las cosas bellas, delicadas y amables de la vida.